

La segunda revolución china

de

Eugenio BregolatSINOPSIS

Hace unos días, una noticia era portada en todos los diarios: China aprueba la ley de la propiedad privada. La medida supone la culminación – por ahora- de un largo proceso de reformas que pueden llevar al gran país asiático a su homologación con las democracias occidentales. Ese futuro, aún no decidido, sería el resultado de las transformaciones experimentadas por China tras la muerte de Mao Zedong. En los cuarenta años transcurridos desde entonces, una figura ha sido esencial, la de Deng Xiaoping, un dirigente que, para el autor, está entre los más importantes de todos los del siglo XX.

Especialista y testigo privilegiado de la reciente evolución de China, el autor analiza los cambios del último cuarto de siglo, que, en el terreno económico, han sido tan absolutamente espectaculares que es difícil encontrar un parangón histórico.

China es un país complejo y peculiar, de larguísima historia, que para ser entendido requiere una virtud que tradicionalmente se relaciona con su cultura: la paciencia. A la hora de analizar su historia reciente, por ejemplo, es importante tener en cuenta su raíz confuciana, el pragmatismo de su pueblo y el fuerte componente nacionalista que ha tenido siempre el comunismo chino. Especialmente, las dos últimas características son básicas para entender los cambios que se están experimentando. Por encima de las etiquetas políticas o de las ideológicas, de lo que se trata es de que el país se desarrolle (pragmatismo) para no llegar a depender de otros (nacionalismo); es decir, según la frase tantas veces repetida, de que el gato cace ratones, independientemente del color que tenga. El color del actual gato chino puede llevar a devanarse los sesos a muchos especialistas (¿sigue siendo socialismo ese híbrido de poder centralizado y autoritario con una fuerte presencia de la economía de mercado?, pero de lo que no cabe la menor duda es de que caza muchos ratones. El crecimiento de China en los últimos años es extraordinario, y las cifras son muy elocuentes a ese respecto.

Otra cuestión básica es que mientras muchos occidentales ven un progresivo aterrizaje en el capitalismo, los dirigentes chinos aún se sitúan en la “fase inicial del socialismo”, que debe durar al menos hasta 2050 (cien años desde la socialización de los medios de producción). Y en esa fase lo esencial es desarrollar las fuerzas productivas, algo en lo que Deng Xiaoping no se cansó de insistir. Por eso el Partido Comunista Chino (PCCh) ya no representa sólo al proletariado (que incluye a obreros, campesinos y soldados), sino también a las llamadas fuerzas avanzadas de la producción (propietarios, ingenieros, técnicos) y a los intelectuales y científicos; es la teoría de las tres representaciones.

El enorme desarrollo económico chino ha acarreado un fallo, el aumento de la desigualdad. A pesar de eso, y de las bolsas de pobreza existentes, “la gran mayoría vive hoy como hace veinticinco años no se habrían atrevido a soñar que llegaran a vivir sus nietos”.

La única mancha en el expediente de Deng Xiaoping, al que el autor no ahorra elogios, es la represión de Tiananmen en 1989; represión que, por cierto, no se ejerció, como tantas veces se ha dicho, dentro del recinto de la plaza, sino en sus alrededores, cuando los estudiantes ya habían salido. El autor recuerda que en aquellos acontecimientos la violencia se ejerció por las dos partes: hubo tanques del ejército destruidos y soldados carbonizados. Los protagonistas de la revuelta, que se limitó a Beijing, fueron estudiantes e intelectuales, junto con capas urbanas cuya situación económica había empeorado, y que se unieron a los primeros; pero el único movimiento organizado fue el estudiantil. Sus demandas políticas implicaban el desmantelamiento del sistema, y Deng, que fue quien tomó las principales decisiones, acabó por usar la represión. Tiananmen supuso la caída de uno de los reformistas más decididos, Zhao Ziyang; pero aquello fue un frenazo, no una marcha atrás. La reforma económica no se desmanteló, aunque quedó descartado un cambio político que desembocara en una democracia a la occidental. En cuanto al movimiento estudiantil, se esfumó. Hoy, los universitarios chinos, que son diez veces más que entonces, “se dedican a prepararse para ganar dinero”.

Tras el momento más alto de reformismo político, alcanzado en el XIII congreso del PCCh de 1987, los congresos posteriores a Tiananmen siguieron una línea involucionista. China, sin embargo, que al decir de Alan Greenspan cuenta con la mejor clase política del mundo, dirigida ahora por una nueva generación, está dando pasos hacia el Estado de derecho. Los chinos admiten la democracia como principio, aunque piensan que en su país debe tener características propias. Sea como sea, los pasos hacia nuevas cotas de libertad son visibles, y, teniendo en cuenta el punto de partida, muy significativos. Ha crecido, por ejemplo, espectacularmente el número de abogados, los ciudadanos pleitean con la Administración y ganan un 40% de los casos. Queda mucho por hacer en el campo de los derechos humanos, pero aún así la situación a este respecto es ahora mejor de lo que fue nunca.

En cuanto a las relaciones de España con el gigante asiático, el autor no vacila en calificar la escasa presencia de nuestro país en China como un error histórico que debe corregirse sin tardanza.

EL AUTOR

Eugenio Bregolat (La Seu d'Urgell, 1943), licenciado en derecho, ingresó en la carrera diplomática en 1971. Fue director general del Departamento Internacional en los gabinetes de Adolfo Suárez y Leopoldo Calvo Sotelo (de 1978 a 1982). Ha sido embajador en Indonesia, Canadá, Rusia y dos veces, caso excepcional, en China (1987-1991 y 1999-2003), y director político (responsable de la coordinación de la política exterior común con los socios de la UE) en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En la actualidad es embajador de España en Andorra.